

len hacer. La saya se la dejé para solamente sacar la invencion de ella, porque dijo que nunca tan gentil dama te ha visto, como cuando vas con aquella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la cobraré.

AUDACIA.

Crejera lo que dices si no creyese quien tú eres; mas pues te conozco por mis pecados muy conocido, á otro can con ese hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Pues que Dorotea se contenta con las obras, contentate tú con las palabras.

MENEMNO C.

Hasta que yo os muela á palos no callareis, don mazorrar. Señora, ve con Dios, que no pararé hasta que seas servida.

AUDACIA.

Vamos, Talega, que razon es que mi padre sea informado de vuestras trapazas.

TALEGA.

Yo, no señora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

¿Qué tengo de oír?

TALEGA.

Que harto le amonesté que no fuese tras putas, pues que le sobraba tenerte á tí.

AUDACIA.

Calla, mal criado, y anda allá, que tú y él entonces sereis buenos cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

Crea, señora, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

Entra, enhoramala con tus latines.

ESCENA X.

MENEMNO, MANCEBO. CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

MENEMNO M.

¿Qué es esto, que no puedo encontrar con mi esclavo Tronchon? Por cierto que lo hice como mal considerado en darle la bolsa de los dineros, que por ventura se habrá metido á jugar en algun bodegon; mas no será para tanto, segun es avariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con esta saya callejera que parezco pregonero? ¿Pero quién son estos que vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué pendencias traen consigo.

AUDACIA.

¿Cómo se puede sufrir, señor padre, que esté yo casada con un tan mal hombre como este?

CASANDRO.

Descástate pues.

AUDACIA.

¡Ojalá! y costáseme un dedo de la mano.

TALEGA.

Eso non potest fieri, señor, porque col Deus conjungit homo non sepalat.

CASANDRO.

Calla, chismero, que no se dice por tanto.

TALEGA.

Sí, callad, estando muerto de hambre.

CASANDRO.

¿De qué te quejas de tu marido?

AUDACIA.

Quéjome de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo para dar á rameras.

CASANDRO.

Si él eso hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces peor en levantarle falso testimonio.

AUDACIA.

Que no es sino verdadero. Helo do viene. ¡Desvergonzado! ¿No tienes vergüenza de parescer delante de mí con ese vestido?

MENEMNO M.

Muger honrada ¿con quién piensas hablar?

AUDACIA.

Con uno que meresce estar en la horca.

MENEMNO M.

Porque sois hermosa, no seais atrevida.

CASANDRO.

Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas son estas que tienes con tu muger?

MENEMNO M.

Padre honrado, ni te conozco, ni tengo muger, ni jamas fui casado.

AUDACIA.

¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

MENEMNO M.

Porque sé que hablas con pasion, y porque veo que me tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que ni soy tu marido, ni eres mi muger.

TALEGA.

Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los diablos el traga pollos.

AUDACIA.

Quítate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me hurtaste y prometiste devolver?

MENEMNO M.

Habla cortesmente, que nunca fui ladron, ni jamas me precié de hacer cosa fea.

TALEGA.

Eso sí, Menemno, negar á pie juntillas.

MENEMNO M.

¿De dónde me conoces y sabes mi nombre?

TALEGA.

¿Mas de dónde desconoces tú á Talega?

MENEMNO M.

De nunca haberlo conocido.

TALEGA.

¿No tomaste tú esta saya á tu muger y la diste delante de mí á tu puta?

MENEMNO M.

No seas mal criado, si no el diablo será.

AUDACIA.

Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi marido Menemno?

CASANDRO.

Ella es tu saya, y él es tu marido.

MENEMNO M.

De todo eso no tengo sino el nombre.

CASANDRO.

Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no moras en aquella casa frontera?

MENEMNO M.

Plegue á Dios que si yo en ella jamas entré, que dentro en los infiernos more.

CASANDRO.

Sin duda que se ha tornado loco.

MENEMNO M.

Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locuras por echarlos de mí.

AUDACIA.

Bien dices, señor padre; ¿no ves qué boca abre? parece que me quiere comer.

MENEMNO M.

El dios Apolo me manda que queme los ojos á esta muger con lámparas ardiendo.

TALEGA.

La paz de Dios descienda sobre ti y sobre nosotros, amen.

MENEMNO M.

Sí, sí, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta muger y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.

TALEGA.

Señora, huigamos de aquí, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

CASANDRO.

Bien dice: id á casa los dos porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á llamar al médico Averrois para ver si dará algun remedio á este loco.

TALEGA.

Sí haré, señor.

MENEMNO M.

Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desnude los huesos de este viejo con su bordon.

CASANDRO.

Caro te costará si tú á mí te allegas.

MENEMNO M.

¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

CASANDRO.

Mal te dé Dios: mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

MENEMNO M.

Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con ímpetu y mate á este viejo?

CASANDRO.

¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aqui. Quiero llamar al médico.

MENEMNO M.

¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido, como la otra en la mesa tomándome por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurára mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quitárale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido: y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fui.

ESCENA XI.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO.

MENEMNO C.

Dia triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fé que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hizolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

AVERROIS.

Camina, Lazarillo.

*

LAZARILLO.

Ya camino, *Domine*.

AVERROIS.

Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Dí, *quid est necessitas?*

LAZARILLO.

La necesaria, señor.

AVERROIS.

No solamente respondiste como gramático, mas como excelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos moriríamos.

LAZARILLO.

Verum est.

AVERROIS.

Bona salus, señor Casandro.

CASANDRO.

Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática que has pasado con tu criado, y he holgado en oír sus agudezas.

AVERROIS.

Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de Lazarillo de Tormes, el que tuvo trescientos y cincuenta amos.

CASANDRO.

¿Cuánto ha que está contigo?

AVERROIS.

No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nominativos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará todo un dia latin tan bien como yo, sin que le entiendan palabra.

CASANDRO.

Bien lo creo: ¿mas cómo te has detenido tanto?

AVERROIS.

He curado una pierna al dios Esculapio, y he concertado un brazo á Baco, que los dos habiendo gustado ciertos vinos en la isla de Candía, dieron consigo por una escalera abajo.

CASANDRO.

De manera que tambien eres médico de los dioses como de los hombres.

LAZARILLO.

Ita, Domine.

AVERROIS.

¡Oh qué *ita Domine* tan regalado! ¿Qué te parece, señor Casandro?

CASANDRO.

Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que Menemno mi yerno está doliente, y pienso que es de alguna imaginacion diabólica que habrá entrado en su entendimiento.

AVERROIS.

Eso verná de algunos enojos rescebidos con mugeres.

CASANDRO.

A la letra es ese su mal, señor doctor.

AVERROIS.

Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Avicena *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuenta remedios para ese mal. El primero es.....

CASANDRO.

Ce, silencio: he alli á Menemno.

AVERROIS.

Juntémonos los dos.

CASANDRO.

Sea ansi. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

MENEMNO C.

¿Qué saya, señor?

CASANDRO.

La que tenias agora.

MENEMNO C.

¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

CASANDRO.

¿No oyes lo que dice?

AVERROIS.

Ya veo que invoca los dioses.

CASANDRO.

¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

LAZARILLO.

¿Qué quiere decir maestro? *Domine Doctor, Domine Doctor* acostumbran de llamarle.

CASANDRO.

Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

AVERROIS.

Menemno, dame esa mano. No pasees tanto, no pasees tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfermedad.

MENEMNO C.

¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

AVERROIS.

¿Veis cómo desvaría? Escucha y verás que le hago unas preguntas tan profundísimas que bastan á tornar un hombre de cuerdo loco, y otras para tornarle de loco cuerdo: *et operibus credite*.

CASANDRO.

Pues acabemos ya.

AVERROIS.

Hijo Menemno, sosiégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

MENEMNO C.

¿Soy por ventura insensible, que no tengo de sentir?

AVERROIS.

Ya lo decia yo, que no podias estar sin sentir. Dime, ¿qué vino bebes, blanco ó tinto?

MENEMNO C.

Vete á la horca tú y tus preguntas.

CASANDRO.

Ya comienza á enloquecer.

AVERROIS.

¿Qué te tengo dicho, señor?

MENEMNO C.

Mas preguntame si como el pan colorado ó verde, ó aves con escama y peces con pluma.

CASANDRO.

Maestro ¿no vees qué locuras se le sueltan? ¿Por qué no le das remedio?

AVERROIS.

Espera: preguntalle he otras cosas.

CASANDRO.

Pregunta cuantas quisieres.

AVERROIS.

Menemno, dime, ¿suélenste algunas veces endurecer los ojos?

MENEMNO C.

¿Qué diablos! ¿Soy de género de langosta?

AVERROIS.

Ya sé que blandos los has de tener. Burlábame contigo. Está atento, señor, que agora vienen las preguntas para volverle en todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes algunas veces que te rugen las tripas?

MENEMNO C.

Cuando estoy harto, no; mas agora sí, que estoy hambriento, y con gana de comer.

AVERROIS.

Dí, ¿duermes los ojos cerrados?

MENEMNO C.

Como tú, velando, abiertos.

CASANDRO.

Agora cueradamente respondió.

AVERROIS.

Pues cátatelo ahí sano, señor.

CASANDRO.

No está agora tan loco como cuando amenazaba á su muger con fuego.

AVERROIS.

¿Hábalo de estar? Duelos me dé Dios.

MENEMNO C.

¿A quién dices que amenazaba yo?

CASANDRO.

¿No te acuerdas cuando á mí y á tu muger nos querías matar?

MENEMNO C.

¿Yo matar á quien tanto deseo la vida?

AVERROIS.

Pecador de mí, señor. ¿Quiéres echarme á perder? ¿Téngole medio curado y estás contendiendo con él? Ven acá, Menemno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que nosotros somos los locos, que tú demasiado seso tienes. Tú, rapaz, no es aún tiempo que sepas estos secretos de medicina. Apártate allá.

LAZARILLO.

Recuérdate digo yo de los *quingenta cruciatos auri*.

AVERROIS.

¡Oh! sí señor. Téngalos á punto que son mucho menester, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada cruzado una, traídas de la insula fortunada, y despues de todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología, y despues ponérselo en los pies para fortificar la cabeza.

CASANDRO.

Abreviemos, que ya está á punto todo.

AVERROIS.

Bene dixisti. Oye, Menemno. Tú has de saber que conozco muy bien que si tu entendimiento está algo alterado, es por algun enojo que has habido.

MENEMNO C.

Dices la verdad.

AVERROIS.

Hora pues por hacer placer á mí y acreditar mi medicina y no enojar á tu suegro, haz todo lo que yo te dijere.

MENEMNO C.

Soy contentísimo.

AVERROIS.

Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cincuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni yo la entiendo mas que esa pared.

MENEMNO C.

Pero haz de manera, maestro, que me lleven en todo caso á tu casa.

LAZARILLO.

Bien dices, porque alli haremos buena gira y beberemos *autant*.

AVERROIS.

Decir yo, señor Casandro, que está Menemno del todo sano, no diria verdad; pero helo traído á punto de hacer que me sea en todo obedientísimo.

CASANDRO.

Veamos.

AVERROIS.

Menemno.

MENEMNO C.

¿Qué mandas, señor Doctor?

AVERROIS.

Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

MENEMNO C.

No señor.

AVERROIS.

Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor?
Por la doctrina del grande Hipócrates te juro que si
quiero, te lo convertiré en nabo. Échate de esa ven-
tana abajo.

MENEMNO C.

¿Qué es de la ventana?

AVERROIS.

Está quedo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz,
estos medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa
espada.

CASANDRO.

Agora vas bien: eso me contenta.

AVERROIS.

Coge así los brazos.

MENEMNO C.

Ya están cogidos. ¿Qué es lo que haces?

AVERROIS.

Súfrete, que por tu bien se hace que estés atado
un poco con este cordel, porque así dice Avicena que
se debe hacer.

LAZARILLO.

In quarta et sexta ad finem.

AVERROIS.

¡Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, se-
ñor Casandro, que de esta manera atado lo lleven á
mi casa, porque allí con aquel emplastro aureo te lo
daré sano en tres días.

CASANDRO.

Antes ha de ir así como está á la casa de los lo-
cos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya
presto.

MENEMNO C.

¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos míos! Socorredme,
que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

ESCENA XII.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO.
TRONCHON, Y DESPUES MENEMNO, MANCEBO.

TRONCHON.

¡Oh Dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis
ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo
forzosamente.